

---

Si se rinde, no era amor

22/07/2019



Sigmund Freud, el gran psicoanalista austriaco, lo aconsejó en sus reflexiones sobre el amor de pareja: «Cualquiera que ame se vuelve humilde. Aquellos que aman tienen que, por así decirlo, empeñar una parte de su narcisismo. Pues allí donde el amor despierta, muere el yo, déspota y sombrío».

El narcisismo y el yo son lo mismo que el ego, lo que todo el mundo conoce como orgullo, una trampa que nos hace creer que tenemos la razón. Un animal pesado que nos pone obstáculos en las relaciones con los demás, incluidas nuestras parejas.

Aplastar el ego cotidiano es el acto más difícil, pero si se logra se nota un efecto liberador de complejos y defensas infantiles de nuestras actitudes. Cuando aplastamos el ego entendemos mejor al otro. Reconocer nuestros errores sin sombra de pesar. He ahí el éxito. Una actitud que precisa de igual intensidad en los dos miembros de la pareja.

En última instancia, el ego trata de salir a flote cuando usted lo aplasta, sale siempre porque es más fuerte que uno, pero se desvanece frente a la humildad, el deseo de vencerlo y una dosis de inteligencia como para mantenerlo a raya.

Carlos Varela, en los años 90, tenía en su cuarto de su apartamento de El Vedado un afiche con una dedicatoria de su colega y amigo Santiago Feliú: «Carlos, por muy duro que sea, ganémosle».

El menor de los Feliú, que desconsoló a muchos con su muerte insólita a los 50 años, se refería, imagino, a la vida, incluidos, con casi total seguridad, esos amargos y regulares sinsabores de la burocracia y los absurdos cotidianos que frustran.

Sin embargo, es una filosofía digna de aplicar frente al sombrío y déspota yo, tan dañino en las relaciones de pareja, y en cualquier tipo de vínculo.

Así que, por muy duro que sea, ganémosle.

---